

Cabos Sueltos

Por F. PILLADO

1

La publicación de un libro del general Jacques Massu, ex jefe de los paracaidistas en Argelia, ha suscitado una apasionada polémica en Francia.

Massu, hombre que en su etapa de mando ganó bien merecida fama de hombre duro, en «La vrai bataille d'Alger», reconoce que durante el conflicto argelino que sólo terminó con la independencia del país, el ejército francés practicó sistemas de tortura contra los miembros del Frente de Liberación Nacional, como antes también los había utilizado en Indochina. Para el general, que se dice católico, la tortura está moralmente justificada como procedimiento de investigación y para obligar a «cantar» a prisioneros que pueden facilitar informaciones decisivas. Por ejemplo, cuando estas informaciones son utilizables para salvar vidas humanas.

2

Con independencia del juicio que merezca el hecho en sí mismo, la declaración pública de Massu constituye, «a posteriori», una desautorización total para varios gobiernos franceses y aún para los portavoces autorizados del ejército que, bajo palabra de honor, habían afirmado, en su tiempo, que las acusaciones de tortura eran pura patraña en labios de los terroristas argelinos.

La patraña de entonces se convierte ahora en información veraz para la que, por lo demás, se elabora una justificación.

2

A la polémica le ha dado giro dramático la intervención de otro general, también católico, Jacques Paris de Bollardière, quien denuncia la inmundicia radical, injustificable, de la tortura y reafirma su conducta anterior: De Bollardière, escandalizado por lo que ocurría en Argelia, había pedido la baja en el mando y la obtuvo. Además, como consecuencia de una carta a «L'Express», sufrió dos meses de arresto en una fortaleza militar. Fue, según ha dicho, precio minúsculo para su tranquilidad de conciencia.

4

En cambio, un capellán de paracaidistas, Luis Delarue, sale en defensa de Massu; es decir, de la tortura, aunque reconoce que su parecer no es compartido por otros capellanes franceses que en actitud pública muy comentada, ya en tiempos de la lucha en Argelia, denunciaron prácticas inhumanas de trato brutal hacia los prisioneros.

De Bollardière, condiscípulo de Massu, recuerda una interpelación suya al general a propósito de la desaparición de musulmanes y escribe textualmente:

«Massu cuenta en el libro que yo terminé expresándole mi desprecio: es una relación honesta de los hechos».

5

Al fondo de la polémica está la vieja cuestión de los medios y los fines. Massu, en definitiva, y con él cuantos se pronuncian en favor de la posesión de Argelia por encima de cualquier consideración, sostiene sin disimulo que el fin justifica los medios. Y no vacila en echar a la polémica el peso del patriotismo, de la religión y de la civilización occidental.

Es la actitud correlata al servicio que demandan los fines absolutos.

La moral y la dignidad humana, dígame lo que se quiera, quedan a un lado. No cuentan.

Pero, además, a unos cuantos años vista, defender la tortura como derivación de la creencia de que la Argelia francesa era un objetivo capaz de justificar los peores excesos es un contradictorio que sólo a un nacionalismo estrecho y ahistorico puede convencer.

La muerte, constante existencial de Nóvoa Santos

Por el Dr. D. GARCIA-SABELL

LA revista «Sandorama» (Publicación Sandoz), en el número de octubre pasado, contiene una colaboración especial del doctor don Domingo García-Sabell dedicada a Nóvoa Santos que por su interés reproducimos:

- I -

A los 31 años, Roberto Nóvoa Santos, el médico máximo de Galicia, pronuncia en Vigo una conferencia bajo el título «La vejez, la muerte y la inmortalidad». Pronto se publica en folleto y rápidamente alcanza dos ediciones. Es un texto barroco, muy apasionado, muy auténtico y de gran interés biográfico. ¿Por qué? Porque en él se da rienda suelta, sin cortapisas científicas, a una honda y constante preocupación del autor: la que el título mismo denuncia. Por eso esta conferencia es como el germen de dos libros mayores del gran clínico: «Physis y Psyquis» y «El instinto de la muerte».

Nóvoa Santos nace a la meditación marcado por una idea obsesiva: la de aclarar el sentido último de la muerte. Al enfrentarse por primera vez con ella tratará previamente de descifrar la entidad del alma. Pues, naturalmente, la respuesta al sentido de la anihilación personal depende en gran medida del concepto que antes nos formemos de la sustantividad o de la nulidad del alma humana. Entonces, en un paso inicial, el clínico va a buscar hasta dónde puede captar los escondrijos materiales de la Psyquis. Nóvoa Santos no es materialista y, por consiguiente, jamás confunde esos recovecos, esos supuestos escondrijos orgánicos con la entidad anímica en sí misma. El bien sabe que la sede del alma no es el alma. Pero también sabe que es algo que se le aproxima mucho. Si damos con su madriguera, quizá el hallazgo nos descubra el rastro de esa Psyquis inmaterial y siempre huidiza. Quizá podamos decir algo coherente sobre su posible, o imposible, pervivencia. Por eso es muy revelador que en 1906, a los 21 años nuestro hombre dé a la imprenta un trabajo con esta curiosa —curiosa y ambiciosa— rúbrica: «Sobre la evolución química del sistema nervioso y sobre el substratum material del alma». (1). Su conclusión definitiva suena así: «La nucleína nerviosa —y quizá también todas las sustancias fosforadas albuminoideas de la célula nerviosa— deben ser consideradas... como la base física del alma». Bien. Pero, ¿y el alma misma? ¿Desaparece quizá cuando esa nucleína nerviosa se desintegra, o pervive más allá de todo cambio químico? He aquí ahora la cuestión. He aquí el problema de Nóvoa Santos, su problema-límite. Virtualmente planteado en plena mocedad. Realmente aediado a lo largo de su vida, por desgracia no excesiva. (Nóvoa Santos fallece a los 48 años). He aquí el torcedor, el callado y dramático torcedor de Nóvoa Santos.

En «La vejez, la muerte y la inmortalidad», el gran médico lo exhibe de frente, sin rebozo, con ágil y sentida frase. Después de la muerte, ¿qué es de nuestras imágenes, de nuestros recuerdos, de todo el tesoro espiritual acumulado? ¿Cuál es el destino de todo este sistema de fuerzas sutiles que constituyen el contenido de la conciencia?... ¿Flotan por ventura como espectros, sutilísimos e invisibles, en la fronda, y en el cielo limpio, y entre nosotros? ¿O se disipan con el último relámpago de la mirada y se disuelven en la misma fuente en donde nace la felicidad última y suprema? La respuesta es inmediata y drástica: «Seguramente vagan entre nosotros y sobre nosotros como una luz que nunca se apaga». Si «la Vida es la Existencia» (2), la Muerte es la indicadora, la



NÓVOA SANTOS

gran señaladora de otro tipo de existencia más alta y de más valor. Y como la muerte nos da paso a ese otro tipo del existir y, además, ella misma es la gran facilitadora de la máxima intuición, la del más allá, la muerte será menester venerarla y cultivarla. La muerte oculta tras de sí su propio instinto que, por un trasluz de valoraciones, hemos desplazado hacia la vida. Cumple, pues, amar la muerte y desarrollar en nosotros, favorecer en nuestra intimidad, la floración armoniosa de su instinto.

Como vemos, ahora ha habido una virazón. La inicial búsqueda filomatérica en torno a la sede del alma se ha trocado en una indagación energética. En una pesquisa de dinamicidades. En

una profundización de líneas de fuerza. En un enfoque hacia la máxima movilidad, la de la conciencia.

Nos movemos, pues, en un plano de mayor plasticidad conceptual. Transcurren cuatro años desde la conferencia de Vigo. Nóvoa Santos sigue a vueltas con su obsesión. Y en 1920 aparece su Discurso académico, «El problema del mundo interior». Se trata en este instante de sentar, con buen aparato científico, una idea que ya no habrá de modificarse jamás, a saber, que la conciencia no es, como quería William James, una corriente ininterrumpida de imágenes —«the stream of consciousness»— sino el cauce de esa corriente. La conciencia, para Nóvoa Santos, es una luz sin imágenes, un proyector sin proyección, una iluminación virgen de contenido.

Mas esa luz incontaminada, ¿de dónde proviene? ¿Cómo se los aparece? ¿Cuál es su devenir? Para entender la doctrina del meditador gallego es preciso tener en cuenta que Nóvoa Santos era sustancialmente un fisiopatólogo positivo y que nunca quiso salirse de las fronteras impuestas al pensamiento por esa directriz de la especulación clínica. Por eso las respuestas a aquellas inquisiciones van a estar marcadas por tal estilo de pensamiento (3). Que suena así: las excitaciones procedentes del exterior, o del interior del cuerpo, dan

(Pasa a la PENULTIMA pág.)

O ESPELLO NA MAN DESPEDIDA DE PARIS

Por VICTORIA ARMESTO

DE mañana vino a buscarme, en su coche, Rose Marie, la mujer de Ramón Luis Acuña, corresponsal en París de la agencia EFE, y con ella fui de tiendas. Rose Marie, que casi siempre se viste de pantalones, llevaba además uno de esos chalecos tipo Saint Laurent, que ahora se estilan mucho entre las parisinas jóvenes, y se cubría con una peliza.

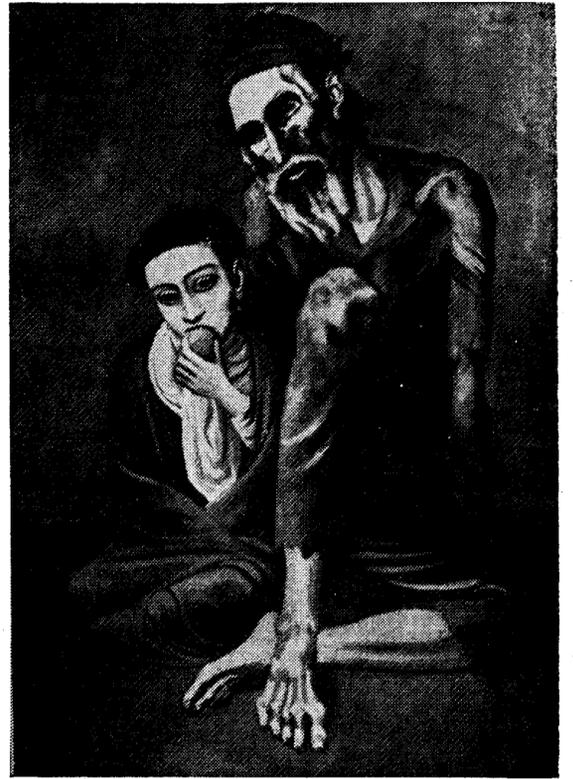
Nos dirigimos hacia Saint Germain y dejamos el coche en un garaje subterráneo por un periodo de tiempo que en Madrid hubiera sido equivalente al pago de unas 30 pesetas. En París —al cambio— eran unas cien.

Caminamos por la rue de Sevres y, como gran novedad, advertí lo mucho que se estilan los trajes de chaqueta y pantalón negro, tipo «smoking», con blusa blanca y corbata. Para que una mujer se atreva a usar uno de estos trajes será preciso, digo yo, que sea muy femenina y tener poco «pompi»...

Ramón Luis Acuña y Rose Marie me llevaron a un restaurante cerca de la Estrella, el «Winston Churchill», decorado con fotos del ilustre estadista. Acuña se ha afeitado el cráneo y se ha dejado barba, de modo que parece un turco. En París está en su elemento, pero cuando llegue a Orense va a llamar mucho la atención. Como este joven matrimonio está muy informado de novedades, me hablaban de los éxitos de la temporada.

En revista musical la más sobresaliente es «Oh, Calcuta», obra de atrevido carácter pornográfico, traducida del inglés. La representación de «Oh, Calcuta», estuvo bastante tiempo prohibida en Francia. Al fin, la autorizaron en parte, porque los franceses tienen miedo de haberse quedado anticuados y pasar de escandalizar a escandalizarse... En cine está gustando mucho (siempre hay «cola» en el local de los Campos Eliseos donde lo exhiben) el «Decamerón», de Pasolini. Para muchos es una auténtica obra de arte que no es fácil podamos ver en España, como no sea muy mutilada...

A mí no me dio tiempo de ir al «Decamerón», pero en cambio estuve



«El viejo judío», de Picasso

viendo una película, montada sobre argumento de Julio Verne, en la que trabaja Fernando Rey. Esta sí puede verse en España. También vi en el «Casino de París» una revista musical al viejo estilo tradicional francés, una cosa un poco pasada, pero con un cierto encanto...

También estuve un día almorzando en «Maxim», que es uno de los restaurantes más elegantes de París y del mundo. Yo esperaba —realizada graciosamente su presencia en el decorado «belle époque»— haber encontrado allí a los duques de Windsor o a los Onassis... No vi sino americanos, y bastante fachosos, por cierto.

Cuando me preguntaron si quería algo de aperitivo, pedí un Oporto blanco. Yo soy una de esas personas que estima el Oporto como engarce, el blanco, o como glorioso remate, el rojo, de un buen almuerzo.

Siempre al degustar el Oporto me siento envuelta en el encanto de Portugal, evoco los barcos gentiles navegando por el Douro, las bodegas de nombres exóticos y un papagayo que vi hace muchos años en una casa del puerto un día en que yo iba pensando en doña María de Padilla y doliéndome de su amargo destino... (María de Padilla falleció en Oporto).

Después del Oporto pedí un «roast beef», que estaba realmente en su punto, no lo mejorarian en Londres. Los demás pidieron una entrada, consumí «gelée» o setas (que me dieron a probar y estaban exquisitas) y luego lenguado. Nos pusieron una guarnición de patatas gratinadas con cebolla que me prometí hacerla al llegar a casa a ver si me salen parecidas. No me saldrán. Yo no tomé postre pero los demás comensales alabaron el dulce y el helado. No sé lo que costó el almuerzo porque iba invitada; sospecho que debió costar bastante.

A la salida fui a ver los Picassos de Rusia que están expuestos en el Museo de Arte Moderno, sito en la Avenida del Presidente Wilson. El taxista me dijo que llevaba cuarenta años conduciendo por París, que antes aún había ratos en que se podía circular, pero que hoy todas las horas son «puntas».

Al entrar en el Museo me gustó sentirme emocionada porque aunque uno ya sepa que va a ver unas «obras de arte», bien podría quedarse frío, sin reaccionar. A mí, durante mucho tiempo, no me gustó Rembrandt, hasta que de repente me abrió a su belleza.

Me parece que es esta vez la primera que entendí a Picasso; su arte se me clavó en el alma como un puñal.

Para conmemorar los 90 años del maestro, los rusos les han prestado a los franceses, 24 Picassos, que vienen del Museo de Hermitage de Leningrado y del de Bellas Artes de Moscú. Entre estos 24 cuadros está el del «Viejo judío» y el de «La niña de la bola», pertenecientes al glorioso periodo azul.

Me pasó un largo rato mirando para el viejo judío, en el que se acusa la soledad, la fatalidad del destino y es como un dramático símbolo de lo que iba a ser el sufrimiento de la raza martirizada por una barbarie sin precedentes. El viejo judío tiene al lado a un niño patético que está comiendo una manzana.

Advertí que los ojos del niño me obsesionaban. ¿Qué me recuerdan estos ojos? Me pregunté. Y de pronto supe que los ojos del niño eran como los ojos del joven Isaac Díaz Pardo. Su mirada llegaba a mí desde La Coruña de mi infancia, a través del tiempo y de la distancia. Finalmente, me alejé porque aquella (Pasa a la PENULTIMA pág.)

EL «REGIONALISMO» FRANCO-BRITANICO

Por J. A. GONZALEZ CASANOVA

AUNQUE pueda asombrar a muchos, ni Francia ni Gran Bretaña incluyen en su amplia y reconocida defensa de los derechos políticos fundamentales la causa de las minorías regionales. Su repudio del patriotismo regionalista es total. La razón última estriba en que los Estados modernos de signo liberal han tendido a la centralización con el fin de fortalecer o concluir la unidad nacional. El jacobinismo francés o la escuela de Bentham en Inglaterra dejaron muy claro que un Estado moderno debe acabar con los feudalismos locales y con las fuerzas políticas tradicionales y conservadoras de origen medieval. La Administración central del Estado es quien custodia y fomenta la igualdad jurídica y política de los ciudadanos, haciendo así posible la libertad y, en una fase posterior, la democracia.

Sin embargo, esta indudable conquista histórica del liberalismo centralista tropieza con serias contradicciones en la actualidad. Tanto en Francia como en Inglaterra, el Estado capitalista ha conducido a una concentración de poder económico y político, paralelo a la concentración monopolista del capitalismo. Las libertades fundamentales han ido reduciéndose y la participación democrática también. En el campo económico, el empobrecimiento relativo del nuevo proletariado —incluido el de las clases medias— ha llegado a cristalizar en la misma estructura regional. Habría regiones subdesarrolladas dentro de naciones de alto desarrollo capitalista. El resurgir de ciertos nacionalismos regionales contaría ahora con el apoyo inapreciable de una conciencia de injusto subdesarrollo regional y de explotación por parte del capital monopolista. La Administración central debe hacer frente, pues, a este nuevo reto de la base social en el terreno de las unidades regionales.

La diferente estrategia seguida por el Estado francés y el

británico se explica por sus distintos procesos históricos de formación. Francia es un estado unitario y centralista que ha barrido casi por completo las supervivencias de libertad medieval desde hace más de un siglo. Inglaterra, en cambio, siempre peculiar, debe aún culminar el proceso de centralización típico del liberalismo moderno, superando las contradicciones que a una economía capitalista cada vez más concentrada le asaltan por culpa de una estructura administrativa excesivamente descentralizada y autonomista.

Así, Francia, con su proyecto gaullista de 1969 y la reciente reforma de octubre pasado, ha iniciado una «regionalización» sin descentralización real (aunque se utilice impropriadamente esa palabra) y con una simple desconcentración de funciones de la Administración central. La región francesa se concibe, si, como una colectividad territorial, pero no pasa de ser un centro local de estudio, reflexión, consulta, participación y ejecución, pero nunca de decisión. Va a crearse una administración local consultiva, expresión tecnocrática de la economía concertada y de la planificación indicativa del neocapitalismo autoritario y centralista. La desconcentración permite un mejor basamento al poder central, pues vincula mejor las oligarquías locales y los intereses corporativos de los grupos dominantes a la administración, dirigida por esas mismas oligarquías a nivel nacional. El hecho diferencial no es tenido en cuenta, como tampoco la democracia de base. La idea mítica de la unidad de Francia oculta el poderío de los sectores hegemónicos —económicos y políticos— y adopta la fórmula hipocrita de la regionalización al servicio del Plan central. Se trata, pues, de un retroceso en el reconocimiento democrático de unas redes políticas.

Gran Bretaña, por su parte, es un caso de Estado unitario

descentralizado, pero con tentencias, en cambio, a la concentración. Lo que en Francia supone un cierto proceso de creación de centros distintos de creación planificadora central, en Inglaterra consiste en una regionalización, asimismo tecnocrática, de la dispersión y variedad de las entidades locales.

Se pretende crear un tipo de región, llamado en este caso de «desconcentración», que justo supone lo contrario: una especie de centralización local o regional mediante un tamaño más grande que las actuales divisiones locales. Junto a este tipo existe otro, llamado «región de crecimiento económico», más grande aún, y que reposa sobre los estados mayores administrativos y políticos de origen representativo, aunque no necesariamente electos, de base local. Se busca aquí también una acción concertada con los notables locales y con los intereses dominantes en la región.

Ni Escocia ni Gales son regiones autónomas. Sólo Irlanda del Norte tiene un estatuto especial, discutido hoy por las armas de los irlandeses. Todo ello nos recuerda que la «regionalización» británica, como la francesa no está pensada en favor de sus pueblos históricos, aunque la democracia de base pueda ser ligeramente mayor en Gran Bretaña, debido a su peculiar proceso político de construcción del Estado. Con todo, el bipartidismo provoca una clara hegemonía del tandem «conservador-laborista» a la hora de controlar el poder local. El Partido Nacionalista Gales, por ejemplo, poco puede hacer en el seno del «regionalismo» tecnocrático frente al interés común de sus dos instrumentos políticos, el Tory y el Labour.

Francia e Inglaterra son dos buenos ejemplos de que el derecho de las regiones históricas es inseparable de una verdadera democracia política y económica.

